

LA BICICLETA BLANCA

TANGO



Música de ASTOR PIAZZOLLA

Letra de HORACIO FERRER

POLKA LENTA (Con recitado)

CANTO

Muy suave - con silbido

PIANO

pp

2da vez rallen.

TANGO (ad libit.)

pp

TANGO (ad libit.)

pp

A Tempo

cresc.

A Tempo

cresc.

2da vez

a la

CODA

Gliss.
marcato

Gliss.
D.C.
a
Polka

CODA (Polka lenta) Recitado final

pp

pp legato
pp al bando

Lo viste. Seguro que vos también, alguna vez, lo viste: te hablo de ese eterno ciclista solo, tan solo, que repecha las calles por la noche. Usa las botamangas del pantalón bien metidas en las medias y una boina calzada hasta las orejas, ¿te fijaste? Nadie sabe, no, de dónde cuernos viene, jamás se le conoce a dónde diablos va. De todos modos, si lo vieras pasar, miralo con mucho Amor: puede que sea, otra vez...

El flaco que tenía la bicicleta blanca,
silbando una polkita cruzaba la ciudad.
Sus ruedas, daban pena: tan chicas y cuadradas
que el pobre se enredaba la barba en el pedal!

Llevaba, de manubrio, los cuernos de una cabra.
Atrás, en un carrito, cargaba un pez y un pan.
Jadeando a lo pichicho, trepaba las barrancas,
y él mismo se animaba, gritando al pedalear:

"-¡Dale, Dios! ... ¡Dale, Dios! ...
¡Meté, flaquito corazón!
Vos sabés que ganar
no está en llegar sino en seguir..."

Todos, mientras tanto, en las veredas,
revolcándonos de risa
¡lo aplaudimos a morir!
y él, con unos ojos de novela,
saludaba, agradecía,
y sabía repetir:

"-¡Dale, Dios! ... ¡Dale, Dios! ...
¡Dale con todo, Dale Dios..."

Pero cierta noche, su horrible bicicleta con acoplado
entró a sembrar una enorme cola fosforescente. ¡In-
creíble!: los pungas devolvían las billeteras en los
colectivos; los poderosos terminaban con el hambre;
los Ovnis nos revelaban el misterio de la Paz; El
Intendente, en persona, rellenaba los pozos de la
calle, y hasta yo, pibe, yo que soy las penas, lloré de
alegría bailando bajo esa luz la polka del ciclista.

Después, no sé, ¡te juro!, por qué siniestra rabia,
no sé por qué lo hicimos ¡lo hicimos sin querer!,
al flaco, ¡pobre flaco!, de asalto y por la espalda,
su bicicleta blanca le entramos a romper.

Le dimos como en bolsa, sin asco, duro, en grande;
la hicimos mil pedazos... Y, al fin, yo vi que él,
mordiéndose la barba, gritó: "¡Que yo los salve!..."
miró su bicicleta, sonrió, se fue de a pie.

(Mi viejo Flaco Nuestro que andabas en la Tierra:
¿Cómo te olvidaste que no somos ángeles sino hom-
bres y mujeres?)

Flaco,
no te quedes triste,
todo no fue inútil,
no pierdas la fe...
en un cometa con pedales
¡dale que te dale!
yo sé que has de volver...